



El martirio en la vida cotidiana de Santa Teresita

La fortaleza.

La fortaleza de su alma fue una de las características de la fisonomía espiritual de Santa Teresita del Niño Jesús, a pesar de su camino de la “infancia espiritual”, que, lejos excluirla, la presupone.

Amaba profundamente a Jesús crucificado, y el amor no deja de imitar a Aquel a Quién se ama.

“-Recuerda que cuando alguien te invita a su mesa, luego deberás prepararle algo semejante”, dice la Sagrada Escritura.

Jesús nos invita a su mesa con amor y se entrega a Él mismo como alimento.

De la misma forma pide nuestra entrega y amor incondicionales, semejantes al suyo.

Pues el amor con amor se paga.

La fuerza del Dios Omnipotente.

En su proceso de canonización, los testigos insisten en el vigor heroico de Teresita.

El espíritu de fortaleza anima toda su espiritualidad, sin el cual, sin duda, no se puede lograr la santidad.

Se puede decir que pasaba entre las dificultades de la vida, como jugando, haciendo honor a su espiritualidad, pero apoyándose en la misma fuerza de Dios, que es omnipotente e invencible para la lucha.

San Pablo lo decía de esta manera: “-El poder de Dios se muestra perfecto en mi debilidad. Porque cuando soy débil, soy fuerte”.

Y esto se veía en Teresita tanto en la lucha contra sus pasiones e inclinaciones, como en las contradicciones de la vida comunitaria, y en su enfermedad que la llevaría a la muerte.

Anécdotas de fortaleza.

“No quejarse, salvo que no se pueda más”, era uno de sus lemas.

Muy lejos de los que se quejan, desde el principio de las dificultades, temores, dolores, enfermedades y problemas.

Escogía los lugares o trabajos más incómodos para evitárselos a otros.

En el lavadero se colocaba en el lugar justo alrededor de la pileta en el que una hermana salpicaba cuando enjuagaba y retorció sus prendas.

Otra se veía aliviada por esta situación: No le tocaría ese lugar.

Todas buscaban los lugares ventilados.

Ella, en cambio, podía soportar aquel por donde corría menos aire.

Las hermanas jóvenes, recordándola, se colocaban en ese lugar para imitar a sor Teresa.

Medicamentos de feo sabor, los tomaba sorbo a sorbo, como degustando con amor la pasión de Jesús a través de esos sorbos, cuando la hermana enfermera la instigaba a terminarlo de golpe y acabarlo de una vez.

Evitaba cruzar los pies (¡ni qué decir las piernas, que se ha hecho un hábito para nosotros cruzarlas en cualquier momento y lugar!)

No se frotaba las manos cuando hacía frío, y cuando hacía calor no andaba desesperada secándose el rostro con el pañuelo y haciendo exclamaciones.

Decía que nada valía tanto (orar, escribir vida de santos, predicar), como responder cuando la llamaban: No temía que la estorbaran, que la interrumpieran en lo que estaba haciendo.

Esto pertenece a una parte de la fortaleza que es la paciencia, en ella en grado heroico, es decir, superlativo, lo que no quiere decir que nosotros no estemos llamados a ello.

Una vez le quisieron sujetar el hábito, y una hermana le atravesó la carne con un alfiler.

Pudiendo aguantarlo, no se quejó, y anduvo varias horas con el alfiler así.

Finalmente desistió porque le parecía que estaba faltando a la obediencia, ya que cosas extraordinarias de penitencia deben ser en la comunidad religiosa con permiso de la superiora.

Actos “microscópicos” de heroísmo.

Santa Teresita del Niño Jesús hace presente entre los cristianos, para admiración y ejemplo, el heroísmo de lo pequeño:

Actos “microscópicos”, podríamos decir, de fortaleza y martirio (entrega de su vida a cada instante, que culminaría con el acto de entrega al Amor

misericordioso de Dios), pero valiosísimos a los ojos de Dios, si se hacen con una caridad cada vez más creciente.

En ello consiste el misterio de la santidad:

Hacer el acto posterior con un poco más de amor que el acto anterior:

Así se crece en gracia y en espíritu.

Practica las virtudes ocultas, aquellas que no llaman la atención, que no pueden ser vistas por los hombres. “-Cuando nadie te ve”.

Es grato rezar cuando nos observan, o hacer un acto de virtud o de aparente caridad o desprendimiento cuando nos están mirando y calificando.

La cuestión es hacerlo en la presencia del Padre Celestial, lejos de las miradas aduladoras de los demás.

Rezar a solas en la Iglesia o en un parque o en una habitación.

Dios sabe y escucha.

Como dice Jesús: “-Tu Padre, que ve en lo secreto, te lo recompensará” (Mt. 6, 6b).

Teresita solía a los 8 años ir a pescar con su papá.

Pronto se aburría y se sumergía solitaria en el campo, en una contemplación profunda de las cosas de Dios y de Él mismo.

O dar a escondidas, sin que nadie se entere y sin hacer alarde (Mt. 6, 3-4).

Levantar un papelito o un alfiler del suelo y colocarlo en su lugar sin que nadie se de cuenta, sólo teniendo presente a Dios o a Jesús, como Teresita solía hacerlo, es fundamental para el desarrollo de la virtud.

Una mortificación “muy amable” de los sentidos.

Una de sus novicias la describía como una hermana que tenía una mortificación “muy amable”, que no se hacía notar. Nada parecía extraordinario.

Tampoco buscaba los manjares más sabrosos, como para que el gusto no se sienta totalmente satisfecho .

Recordemos la ascesis cristiana de la mortificación de los sentidos, en la primera etapa de la vida espiritual, para no vivir según el exterior, y despertar a la vida interior:

Cuidado de la vista, de lo que se oye, huele, saborea, toca, ve.

No dando lugar a todo lo que los sentidos quieren y desean (“no se cansa el ojo de ver y el oído de oír”, dice la Sagrada Escritura), se va logrando el autodominio con la ayuda de la gracia, y el alma se va entrenando en la fidelidad a las mociones del Espíritu Santo (a la actuación de sus dones).

Cuándo se está sólo en los sentidos, se está en la vida según la carne, y no según el Espíritu.

Estas cosas de control y dominio de los sentidos por amor a Jesús, solía decir que no dañan la salud, no son vistosas ante los ojos de los demás como para llamar su atención, y mantienen el alma en un estado permanente de fervor sobrenatural.

Vencía sus pasiones llevando en silla de ruedas a una de las hermanas más enfermas y repulsivas, a la que nadie quería atender (principalmente por su mal temperamento, muy “cascarrabias”, se decía), y haciendo que se sienta querida por ella, hasta tal punto que esta hermana llegó a preguntarle a Teresita: “¿Qué ves en mí, sor Teresa, para apreciarme o quererme tanto?”.

Y Teresita veía y experimentaba a Jesús en ella, porque a nivel de piel también ella sentía rechazo por la mencionada hermana.

Recordemos que el pecado no está en “sentir”, sino en “consentir”; no es un acto del sentimiento, sino de la voluntad.

Y lo mismo podemos decir de la virtud:

No está en el mero sentimiento, sino en una inteligencia lúcida y en una voluntad decidida y entregada.

La lámpara.

Cuando le mandaron preparar una lámpara, tenía tales tentaciones de rebeldía contra quién se lo había solicitado, y de protesta por considerarlo una pérdida de tiempo, que tuvo que vencerse heroicamente.

Le pidió calma y serenidad a Jesús.

Y lo hizo como si la preparara para Jesús, María y José.

Y así su corazón quedó consolado y sosegado, dispuesto a más.
Ganó la batalla.

Y de ésta manera Dios nos mantiene en la humildad, conscientes de nuestras limitaciones.

Recordemos la Escritura que dice: “Lo que hagan, háganlo con toda el alma, como para servir al Señor, y no a los hombres”.

“Guerrera del Señor”.

Y recordando a Santa Juana de Arco, a quién varias veces representó en el convento en su lucha por la liberación de Francia al frente de sus ejércitos, le pedía a Dios que la armara para la lucha (el “buen combate” paulino), y que ardía en deseos de combatir para su gloria.

Le prometía a Jesús batallar hasta el fin de su vida por amor a Él.

Y así lo hizo.

En su enfermedad (la tuberculosis a través de la cual el Señor la vino a buscar), trataba de no proferir quejas, y de no ser una carga y estorbo para sus hermanas.

A la vez, tenía la humilde fortaleza de dejarse atender en todo lo necesario y conveniente.

Siempre continuaba con sus quehaceres todo lo que podía, ofreciendo sus sacrificios por alguien, a pesar de sus dificultades y debilidades, principalmente de salud.

Confesó que, a pesar de sus travesuras, desde los tres años, en que despertaba su conciencia, nada le había negado a Jesús.

Amar, sufrir y sonreír.

Y siempre con una sonrisa, sin hacer gestos ni caras ante la contrariedad. Sin menear la cabeza:

Podemos decir que amaba, sufría y sonreía, lo que hacía más valiosa y acrisolada su virtud y santidad ante Dios, y luego lo sería ante los demás al descubrirla.

Cuando llegaron los grandes sufrimientos, Dios la encontró dispuesta y entrenada:

El heroísmo de las cosas pequeñas y cotidianas habían formado en ella la personalidad de una mártir, de alguien que daba la vida por Jesús.

El heroísmo de lo “microscópico”, la había preparado para el heroísmo en las cosas grandes.

Su fidelidad silenciosa a Jesús, le abre el camino estrecho que lleva a la vida, y que son pocos los que lo encuentran, porque la mayoría prefiere el camino ancho y espacioso que lleva a la perdición.

Escogiéndolo todo.

Vivió y venció en el buen combate de la fe, y fue coronada por el Señor.

Le dijo a Jesús que lo escogía todo, y que no quería ser santa a medias:

“-No me da miedo padecer por Vos”.

Y cercana a su muerte exclamaba:

“-No quisiera haber sufrido menos por Jesús”.

Y también:

“-No puedo sufrir, porque el sufrir me ha llegado a ser muy dulce”.

“-No me arrepiento de haberme entregado al Amor”.

“-Tan sólo, cuenta el amor”.

Y así dio su vida, cada día, por amor, inmolándolo todo por amor, entregándolo todo por amor.

Jesús es el Amor.

Gustavo Daniel D´Apice
Profesor de Teología
Pontificia Universidad Católica
www.es.catholic.net/gustavodaniel
<http://gustavodaniel.autorcatolico.org>
www.sfn.org.ar/dialogando
gusdada@uolsinectis.com.ar / 54 (0264) 428-4544 – 155-053326